

Amor y erotismo en *La ondina del lago azul*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda

Octavio Paz., ensayista y creador, señala en una sutil cita inserta en *La llama doble* que "El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor"¹. Con estas poéticas palabras Octavio Paz subraya que erotismo y amor, como todos sabemos, son formas derivadas del instinto sexual. Lo que nos proponemos desarrollar en esta ponencia es subrayar ese componente erótico en el amor romántico a partir de una de las leyendas más bellas del siglo XIX: *La ondina del lago azul* de Gertrudis Gómez de Avellaneda².

En la mencionada leyenda hallamos la reelaboración de un tema de larga tradición literaria: el de la seductora diabólica. La literatura al analizar las diversas funciones que la mujer puede desempeñar en la relación amorosa ha creado un fecundo esquema que se desarrolla en los textos del Antiguo Testamento³, en la literatura grecolatina⁴ y que llega hasta el Romanticismo⁵. Este esquema confiere a la mujer un atractivo irresistible y un carácter mágico-demoníaco, mediante los cuales ella no sólo vincula eróticamente al hombre, sino que también le desvía de sus tareas e intereses superiores, socava su moral y casi siempre le hunde en su desgracia. Como contrapartida a esta función negativa, la mujer en este esquema depara al hombre seducido un máximo de satisfacción amorosa. Dentro de este motivo de la literatura universal debemos incluir el de las misteriosas y seductoras figuras femeninas que, desde lo más profundo de la naturaleza, atraen con su belleza a los incautos para arrastrarlos hacia un encuentro fatal. Personajes fantásticos como las sirenas, las ninfas, las ondinas, las mujeres-vampiro se convierten de esta forma en instrumento de destrucción de sus rendidos enamorados. En la leyenda de Gertrudis Gómez de Avellaneda este papel le corresponde al de la ondina, un ser con connotaciones maléficas por representar el lado traidor de los ríos, lagos y torrentes; de ahí, que la ondina haya pasado a simbolizar el peligro. Por otro lado la ondina, por su capacidad seductora señalada, presenta concomitancias con el amor carnal, tal como documenta la iconografía más clásica⁶.

Gertrudis Gómez de Avellaneda confiesa que su relato proviene de una fuente oral, pues estando de viaje por la región de los Pirineos franceses en 1859, su guía, el inteligente y racional Lorenzo, le relató una extraña y verídica historia. Sin embargo, es probable también que conociese parte de la tradición literaria existente sobre dicho tema⁷, una tradición que se dilata en la literatura española desde una historia incluida en *El caballero Cifar* hasta el poema "La fuente de la mora encantada" de Quintana⁸ y que está presente en variadas obras extranjeras, como la *Ondine* de La Motte-Fouqué (1811), *Lore Lay* de Brentano (1801), *Lorelei* de Heine (1824), *Das Käthchen von Heilbronn* (1808) de Kleist, por no mencionar las adaptaciones a óperas del tema de Loreley debidas a Lachner (1846) y Wallace (1850) o de la ópera de Hoffmann titulada, precisamente, *La Ondina* (1814)⁹. No debemos olvidar tampoco las leyendas y tradiciones orales que, especialmente en el norte de España, recogen versiones diferentes sobre misteriosas mujeres que seducen a los paseantes y los arrastran a los abismos o las profundidades del agua. Las *xanas* o *lavanderas* de Asturias, las *lamias*, *lamiñas* o *lamiñaku* del País Vasco, las *gojes* o *dones d'aigua* de Cataluña y esta misma figura en Galicia, representan un claro ejemplo de la difusión de este motivo de larga raigambre folklórica y popular que muy bien pudo inspirar a Gertrudis Gómez de Avellaneda¹⁰.

El amor romántico, heredero de la larga tradición del amor cortés, convierte a este sentimiento en la razón de vida de un amante al que podemos calificar al menos de singular, pues no todos los individuos tienen capacidad, como en la mencionada tradición de la poesía provenzal, para experimentar el verdadero amor o amor ideal, aunque ello lleve aparejado el sufrimiento, el dolor e, incluso, la muerte. El protagonista de la extraordinaria historia que nos relata Gertrudis Gómez de Avellaneda, Gabriel, cumple con esa excepcionalidad. Este joven soñador destaca del resto de los habitantes de las inmediaciones del lago no sólo por "la singular belleza de su figura, la elegancia de los modales, el esmero con que sabía vestirse"¹¹, sino de forma especial por su "carácter melancólico y raro"¹² y por su habilidad para "tocar la flauta y componer versos, que él mismo ponía en música y solía cantar con admirable

primor"¹³. Su afición a los libros de procedencia española y extranjera, especialmente los de origen alemán¹⁴, convulsionan tanto a Gabriel que, como un nuevo Don Quijote, aborrece la vida cotidiana y se refugia en un mundo creado en su imaginación, tal como manifiesta el propio personaje cuando Lorenzo le recrimina su ociosidad: "Yo vivo en un mundo que no es el vuestro, y saco mis alegrías, como mis dolores, de fuentes misteriosas que no pueden seros conocidas [...] déjame mi libertad selvática, déjame mi independencia vagabunda, seguro de que ellas son mis verdaderos tesoros"¹⁵. La naturaleza soñadora y artística de Gabriel hace que el mundo visible esconda para él seres sobrehumanos -sílvides, dríadas, ondinas- y significados imposibles de aprehender por los demás mortales:

¿Cómo explicarles con el lenguaje humano el sentido que descubro en esos susurros de las movibles ramas, esos murmurios de las corrientes sonoras, esas mil voces de la tierra y de los aires? ¿Cómo iniciarlos en el íntimo secreto de mis goces intelectuales en este mundo de mi predilección, entre esos seres que me acarician en cada rayo de luz; que me hablan de amor en cada eco de la vida inmensa que por todas partes palpita?¹⁶

Gabriel busca en este mundo extraordinario el amor. Su flauta, según los diccionarios iconográficos, símbolo fálico que representa el dolor erótico¹⁷, es el instrumento del que se vale para expresar sus anhelos amorosos:

[...] él hablaba por medio de ella todo cuanto quería, y aún creo que decía muchas veces más de lo que alcanzaba a comprender. Aquella flauta lloraba, gemía, cantaba, expresaba ardientes deseos, respondía a secretos pensamientos, articulaba misteriosas promesas, y hacía nacer de súbito dulces, aunque indeterminadas esperanzas.¹⁸

Gabriel obsesionado por alcanzar su sueño amoroso, vaga solitario por las inmediaciones del lago en búsqueda de un ser en quien encarnar sus delirios eróticos y sentimentales:

Yo la veo en los risueños albores de la aurora, como en los tristes crepúsculos de la tarde; a la deslumbradora claridad del astro del día, como a los destellos apacibles de la luna argentada. Tan pronto es la sílfide aérea que hace ondear su vaporoso manto entre las nubes que coronan los montes; tan pronto la dríada juguetona triscando por la esmaltada pradera o la sombra de sus queridos bosques: o bien -con más frecuencia aún- la pálida y melancólica ondina, dejando sus palacios de líquido zafiro para sonreírme cariñosa en esta orilla escarpada, oculta entre los arbustos balsámicos que riega cada día con su bella urna de nácar.¹⁹

Gabriel concretiza su amor en la ondina y Gertrudis Gómez de Avellaneda, con gran maestría, ofrece la primera descripción de la seductora ondina que le tiene cautivado, no sólo a través de las palabras de este joven soñador -"[...] mi rubia ondina de nacarado seno y ojos color de cielo"²⁰-, sino también gracias a la descripción del racional Lorenzo que, ensimismado con las confidencias de Gabriel y ante la fugaz visión de unos "ojos bellísimos, que parecían haber robado al lago el puro y transparente azul, con que brillaban entre el tupido ramaje"²¹, duda sobre la imposibilidad de la existencia de esos seres maravillosos. El amor en la cultura europea se expresa a través de gestos y, entre estos rituales, son la mirada y el beso los más expresivos. Desde Platón sabemos que el estímulo que empuja al enamorado y despierta su entusiasmo es el acto de mirar, de ahí que no nos extrañe que la autora destaque en estas primeras descripciones de la ondina esos fascinantes ojos azules que alteran tanto al melancólico Gabriel como al positivista Lorenzo. No obstante, la elección de este color frío preludia la no correspondencia amorosa y el desenlace trágico para el enajenado enamorado. De esta forma la elección del color azul refuerza las ideas propias del hombre romántico, convencido de la imposibilidad de saciar sus ansias de infinitud o dolorosamente consciente de que la felicidad es inasible.

Gertrudis Gómez de Avellaneda con gran maestría va graduando la tensión emocional tanto en Gabriel como en Lorenzo. Juega con dos planos: el realista -ambientación en época contemporánea y lugares geográficos concretos de los Pirineos franceses²² - y el mágico, el que se configura alrededor de las orillas del lago²³. Lorenzo, impelido por los ruegos del preocupado padre del joven soñador, emprende, un día después de la fugaz aparición de los misteriosos ojos azules, la búsqueda de Lorenzo que, desoyendo los ruegos

de su atribulado padre, ha abandonado su casa. A medida que se aleja del pueblo y se adentra en las inmediaciones del lago, la atmósfera se va cargando de preludios inquietantes: está oscureciendo, las sombras le sorprenden en lo más estrecho y triste de la garganta que atravesaba, el rumor de las aguas le parecen lejanos lamentos, las brumas que se elevaban del lago formaban fantásticas figuras. Todo le inspira terror y recordando los relatos oídos de niño sobre fantasmales apariciones, Lorenzo tiene la impresión de que la naturaleza se confabula para indicarle que no entre en los dominios de la acuática amante de su desgraciado amigo. No obstante, Lorenzo se mantiene firme en su propósito y, amparado por la exuberante vegetación, descubre a Gabriel de rodillas sobre el escarpado borde del lago, gesto en absoluto gratuito, pues como sabemos es la imagen sacralizada por la tradición del amor cortés para expresar que el enamorado todo lo espera de su dama. Gabriel en esa posición de vasallaje suplica a la ondina que acepte su amor:

[...] déjame llegar hasta ti, o dignate respirar más cerca del corazón que te adora. ¿Por qué una distancia que me priva de tocar tus manos, o la orla siquiera de tu túnica? [...] Si gozas existencia real; si tienes un corazón que late respondiendo a las violentas palpitaciones del mío, no prolongues esta duda acibarando momentos tan felices. Ángel o demonio, ser humano, o de otra especie desconocida, yo te amo, yo te recibo como bienhechora realización de mis aspiraciones misteriosas, de mis esperanzas incomprensibles. ¡Ven sí, ven! o déjame llegar a tus plantas, aunque deba morir al sellarlas con mis labios.²⁴

El acercamiento entre la ondina y el enamorado dispuesto a morir por ella se estrecha, pues la primera, aunque rechaza un encuentro más íntimo - "Aún no ha llegado el día en que podemos enlazar nuestras manos y confundir nuestros hálitos"²⁵ -, le promete en un futuro formar con él una "alianza de amor y de destino"²⁶. De manera que el servicio" el "vasallaje" que Gabriel rinde a su amada parece haber hecho mella en la misma. Este periodo de castidad impuesta por la ondina parece tener el mismo sentido que en la larga tradición del amor cortés: acrecentar el amor y el deseo, a la vez que probar la autenticidad de los sentimientos del amante. No olvidemos que la mencionada poesía provenzal reconoce que antes de la consumación física

hay una etapa intermedia, el *assag* o *assai*, la prueba de amor. Este parece ser el sentido que tienen, a estas alturas del relato, las palabras de la ondina. Lorenzo, asustado por tan encendida conversación, corre a proteger al enajenado enamorado del peligro de un ser demoníaco que reina en las profundidades del lago. Es en ese momento preciso cuando la autora introduce la descripción más nítida de la bellísima ondina que seduce con su presencia y sus palabras a Gabriel, una descripción que no proviene de este último, sino del temeroso Lorenzo que, al contemplar la belleza de ese ser misterioso, comprende la locura amorosa de su amigo, pues él mismo queda subyugado ante la sugestiva visión que extiende ante sus ojos²⁷. La descripción no puede ser más plástica y sugerente: una figura velada por transparentes velos yace recostada sobre la verde pradera; en su pálido rostro se destacan la tersa frente, los azules ojos, sus largas y negras pestañas y el cabello rubio que cae sobre sus desnudos hombros. Las entrevistas entre la ondina y el enfebrecido Gabriel continúan y Lorenzo los descubre en una actitud que deja fuera de dudas la aparente correspondencia amorosa:

La luna, próxima al ocaso, acariciaba con sus últimos destellos la pálida frente de la reina de las ondinas, inclinada sobre un hombro de Gabriel; mientras que la brisa, jugando a su placer con la profusa cabellera -que se tendía destrenzada bajo la guirnalda de nenúfar- llegaba a envolver como cendal de oro la hermosa cabellera del joven músico; cuyos labios cesaron de henchir por un instante el instrumento sonoro, para beber los hálitos de aquellos otros labios voluptuosos.²⁸

El pelo despeinado, la voluptuosidad de los labios de la ondina y su inclinación sobre el hombro de Gabriel, dan a la escena un claro sentido sensual. Descripción que trae inmediatamente a la memoria los encendidos versos de San Juan de la Cruz en *Cántico espiritual*, cuando el Esposo, después de consumarse la entrega física de los amantes, imagen y símbolo del matrimonio espiritual o unión mística, proclama lo siguiente: *Entrado se ha la esposa/ en el ameno huerto deseado, /y a su sabor reposa/ el cuello reclinado/ sobre los dulces brazos del Amado*²⁹. Por otro lado, el beso, desde el *Cantar de los Cantares* de Salomón, que comienza con el verso "Bésame con esos besos tuyos", es una de las imágenes literarias más repetidas como expresión del

amor feliz. Sin embargo, Gertrudis Gómez de Avellaneda siembra el relato de malos augurios. Así, la misma mención en el fragmento extractado de la flor que adorna la cabeza de la ondina, el nenúfar, emblema de la frialdad, inquieta al lector sobre el resultado final de la aventura amorosa. Inquietud que va en aumento cuando Lorenzo, curioso y anhelante de contemplar la anfibia seductora, se adentra en el bosque y se ve rodeado de un grupo de ondinas que cantan los siguientes versos:

¡ Ay de quien rompa el velo de estas neblinas,
acechando a la reina de las ondinas!
¡Ay de quien pago
de su espionaje aguarde cerca del lago!³⁰

Más tarde, como fruto de su preocupación por la suerte de Gabriel, Lorenzo, preso de pesadillas, se ve arrastrado, en contra de su voluntad, hacia las orillas del lago donde terribles anfibias le hunden en sus profundas aguas.

Las funestas predicciones se cumplen. Pues, tras el largo verano en el que los encuentros se multiplican, a principios de octubre la ondina no acude a la cita con su enamorado. Gabriel, loco de pasión, emplea su flauta con la esperanza de que el dulce y desesperado reclamo obre el prodigio y su amada aparezca. Así, en la más absoluta desesperación, lo encuentra Lorenzo en las riberas del lago:

Al llegar me detuve, encantado por sonidos de la flauta: jamás los había exhalado tan penetrantes, expresivos y extraños. Eran al principio como un dulce y querrelloso reclamo entre suspiros de amor; luego impacientes quejas, exclamaciones de enojo, lamentos tristísimos, sollozos, lágrimas... estallando al fin en un gemido profundo, desgarrador, terrible, que parecía haber destrozado la flauta y el corazón del músico.³¹

Enajenado, furioso, preso de amor, Gabriel jura ante Lorenzo y su aterrorizado padre, que si su amada ondina le abandona en la tierra, irá a buscarla a los abismos de las aguas. El desenlace trágico se consuma, pues un

día de tempestad, de lluvias y vientos extraordinarios, Lorenzo y el padre de Gabriel encuentran la flauta de éste en las orillas del Lago Azul. El amor en la leyenda de Gertrudis Gómez de Avellaneda se presenta como una fuerza primitiva que arrastra al enamorado, incluso, hasta la muerte. Gabriel luchará, porfiará sin cesar hasta que su bella ondina misteriosamente desaparece sin acudir a las citas amorosas. Sólo entonces, ante una situación insufrible, Gabriel, en búsqueda de su sublime amor, decide arrojar a las aguas del lago para gozar de ella. No importa que al final del relato Lorenzo descubra a la propia autora que en realidad nunca existió la misteriosa ondina y que todo fue el fatal resultado de una cruel diversión ideada por una frívola dama que en aquel entonces pasaba sus vacaciones estivales en esos parajes. Lo cierto es que Gabriel cree en aquello que vive y siente, y eso le convierte en un mártir de amor, uno más de la larga nómina de enamorados enfebrecidos que desciende de la fructífera tradición del amor cortés en la que el ritual erótico y los sentimientos apasionados confluyen admirablemente.

M^a DE LOS ÁNGELES AYALA
Universidad de Alicante

¹ Octavio Paz, *La llama doble. Amor y erotismo*, Barcelona, Seix Barral, 1993, contraportada.

² *La ondina del lago Azul. Recuerdo de mi última excursión por los Pirineos* se publicó por primera vez en el *Diario de la Marina* de La Habana entre el 18 y 25 de julio de 1860. Nosotros citamos por *Obras literarias de la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Colección completa*, Madrid, Imprenta y Tipografía de M. Rivadeneyra, t. V, 1871, pp.113-145.

³ Además de consagrar a Adán como víctima de la persuasión de Eva, en el *Antiguo Testamento* encontramos otros relatos en los que la mujer ocupa ese papel de seductora, como sucede, entre otros, en la historia de José y la mujer de Putifar, la de la traición de Dalila a Sansón o la de la afición del sabio Salomón a las mujeres.

⁴ La antigüedad griega desarrolló pronto la imagen de la mujer seductora. Recuérdense, entre otras, las figuras de Pandora, Helena, Circe, Sibila... Vid. a este respecto Erika Bornay, *Las hijas de Lilith*, Madrid, Cátedra, 1990.

⁵ Los ejemplos son numerosísimos, sólo como botón de muestra citaremos los siguientes: *Die Braut von Korinth* (1798) y *Götz von Berlichingen* (1774) de Goethe; *Christabel* (1816) de S. T. Coleridge; *La belle dame sans merci* (1820) de J. Kyats; *Cyprians Erzählung* (1819) de E.T.A. Hoffman; *Une Femme est un diable* (1825) y *La Venus d'Ille* de P. Merimée; *Berenice* (1835) de E. A. Poe. Vid. a este respecto Elisabeth Frenzel, *Diccionario de motivos de la Literatura Universal*, Madrid, Gredos, 1980, pp.337-344.

⁶ Vid. a este respecto Federico Revilla, *Diccionario de Iconografía*, Madrid, Cátedra, 1990, p.280.

⁷ Según Emilio Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras. Ensayo biográfico y crítico*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1930, p.344, la autora ya había escrito en 1850 un relato titulado *La ondina del Lago azul o los merodeadores del siglo XV* y cuyos borradores, según afirma la propia Gertrudis Gómez de Avellaneda, se perdieron. No obstante, por el título, podemos imaginar que el asunto no sería exactamente el mismo que nos ofrece en la leyenda recogida en sus *Obras Completas*.

⁸ Manuel José, *Poesías*, Madrid, La Lectura, 1927, pp.249-253.

⁹ Emilio Cotarelo y Mori, *op.cit.*, p.344, relaciona la leyenda de la escritora con Walter Scout, Púchskin y Hoffmann.

En *Leyendas de Galicia y Asturias*, Barcelona, Labor, 1984, se recoge la leyenda titulada *La venganza de la ondina Carice (Lago Noceda)*, leyenda reproducida en José Luis Molina, *Leyendas y cuentos del siglo XIX*, Madrid, Bruño, 1994, pp.200-201.

¹¹ *Obras Completas*, cit., p.118.

¹² *Ibid.*, p.118.

¹³ *Ibid.*, p.118.

¹⁴ Como es sabido el romanticismo alemán es conocido en España a través de la influencia de dicho movimiento en la literatura francesa. Schlegel, Heine, Marx, Hidelbrand y Wagner acudieron en calidad de estudiosos o de exiliados a París y el romanticismo francés consideraba al alemán casi como su modelo. Vid. a este respecto Udo Rukser, *Goethe en el mundo hispánico*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1977.

¹⁵ *Ibid.*, p.120.

¹⁶ *Ibid.*, p.123.

¹⁷ Vid. a este respecto Juan-Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Labor, 1981, p.205.

¹⁸ *Op.czt.*, p.119. ¹⁹ *Ibid.*, pp.122-123.

²⁰ *Ibid.*, p.123.

²¹ *Ibid.*, p.123.

²² Todos los topónimos citados en la leyenda son reales y pertenecen a los Pirineos franceses. El mismo Lago Azul se encuentra situado entre el triángulo formado por las localidades de Lourdes, Bagnères de Bigorre y Barèges.

²³ Vid. a este respecto el sugerente artículo de Benito Varela Jácome, "Función de lo fantástico en dos leyendas de Gertrudis Gómez de Avellaneda", en *Narrativa fantástica en el siglo XIX (España e Hispanoamérica)*, Jaime Pont (ed.), Lleida, Editorial Milenio, 1997, pp.107-117.

²⁴ *Ibid.*, p.128.

²⁵ *Ibid.*, p.129.

²⁶ *Ibid.*, p.129.

²⁷ La descripción a la que nos referimos es la siguiente: "reclinada en la alfombra de florida yerba y rodeada de murmurantes y espumosas ondas azuladas, se veía una figura blanca medio velada por transparentes y zafireos velos; con cuyos pliegues jugaban las brisas de la noche, extendiéndolos como nubeculas vaporosas en torno a una cabella rubia coronada de nenúfares. Entre aquellos celajes de gasas resaltaba un rostro, cuya perfecta blancura, dejaba atrás la de las espumas que solían salpicarlo, y en el que brillaban los dos bellísimos ojos que mi memoria conservaba impresos; los mismos, señora, que se habían desvanecido el día antes cual gotas del lago evaporadas por el sol. Esta vez, sin embargo, la luna -que reflejaba su luz de plata en la tersa frente de la ondina- iluminaba el sereno azul de sus grandes pupilas, sin siquiera disipar la melancólica sombra que proyectaban en sus párpados largas y negrísimas pestañas; contrastando de una manera atrevida con las madejas de oro que -bajando por sus sienas- se dilataban en graciosas ondas sobre la nive de sus hombros" (*ibid.*, p.130).

²⁸ *Ibíd.*, p.134.

²⁹ *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, Crisógono de la Cruz (ed.), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1928 (10^a ed.), p.398, w.131-135. ³⁰*Ibíd.*, p.132. ³¹*Ibíd.*, p.136